



C. DE MONTALEMBERT

## CAPÍTULO XXVII.

Resultado de los trabajos del protestantismo en Francia. — Visita al Norte. — La voz mas elocuente. — La estatua de Dijon. — Curso por el Mediodia. — Su decadencia en el Centro. — ¿Le faltó la proteccion del gobierno? — El galicanismo. — Carácter especial del renacimiento católico. — Ojeada sobre la Bélgica. — Sus tradiciones primitivas fielmente conservadas. — Universidad de Lovaina. — Propaganda protestante en Bélgica. — ¿Cuál ha sido su éxito? — Espectáculo que ofrece allí el catolicismo. — Una solemnidad en Gand. — Voz de un orador elocuente.

Cada vez que el protestantismo no ha podido contar con un apoyo especial, sus pasos fueron vacilantes, sus dias muy cortos, y los rastros que estampó, aunque infinitamente dolorosos por sus consecuencias individuales, tan lijeros y vagos que el tiempo los borraría por sí solo, aun cuando los reflejos de la luz y la influencia del buen ejemplo nunca interviniesen. Lo vemos sostenerse en Inglaterra donde todo el poder de la administracion le presta su influjo poderoso, donde el oro de la Gran Bretaña es el elemento de su vida, y donde durante largo tiempo la coincidencia de mil circunstancias favorables le concedieron, por decirlo así, el monopolio de las conciencias. Pero en Francia no sucedió del mismo modo: protegido como cualquiera otra religion por las leyes del Estado, rentados sus ministros como lo están los católicos y los rabinos, con libertad para hacer su propaganda como cualquier otro culto, léjos de medrar pierde, probando con sus agonías conocidas de todos que el error no subsiste sino viviendo del monopolio. Nadie



Lith. Aray, r. S'Honore, 67

## EL P. LACORDAIRE

*R. Henri-Dominique Lacordaire,  
des Fr. Préd.*

los que adhirieron á la reforma y á la impiedad allí mismo: por eso debe admirarnos mas la bella fisonomía que ostenta el catolicismo en Lyon, en Aviñon, en Montpellier, Perpiñan y Tolosa. Cuando yo visitaba los templos de estas poblaciones me edificaba el fervor del pueblo; y el trabajo continuo de su clero, dibujado en tantas bellas obras que lo publican, me manifestaba bien habitar en su seno «ese Espíritu cuyo soplo vivifica, y cuya accion nunca muere.» Uno de los síntomas que indican mejor el descenso del protestantismo en estos lugares, es el número de sus templos que se han cerrado en los últimos años, por faltar el número suficiente de feligreses que exige la ley, para que el pastor pueda cobrar estipendio del Tesoro público. Desde el año de 1849 hasta el de 54 van cerradas cuatro iglesias disidentes en el mediodía de Francia, sin embargo que el número de fieles pedido á cada una no pasa de ciento cincuenta. ¿Y quién no admira en estos mismos lugares las sociedades que nacen y se desarrollan en el seno del pueblo, como la corriente de los rios mansos y cristalinos que atraviesan los valles derramando sobre la tierra fecundidad? Preguntad en Perpiñan por las humildes religiosas del Sacramento, y todos os responderán que sus obras son bien conoeidas, que recogen á sus huérfanos, que educan á sus niños y socorren á sus pobres; preguntad en Montpellier y Nimes por la sociedad de San Vicente de Paúl, y no habrá uno solo del pueblo que deje de conocerla y os asegure que su influjo alcanza á todas partes y se extiende á toda clase de personas, que los enfermos son asistidos en sus casas con medicinas cuando por circunstancias particulares no pueden ir á un hospital, que la viuda vergonzante recibe limosnas secretamente, que las discordias que dividian las familias son pacificadas y los secretos descarríos de muchos individuos reparados en silencio; quedando sin detrimento el honor del que cometió delito mas por debilidad que por malicia. ¡Qué obras todas estas tan hermosas! Ninguna, sin embargo, os presentará el protestan-

hay que ignore los trabajos del protestantismo en Francia: heredero y representante legítimo de todas las herejías que la devastaron tantas veces, él también la dividió, la revolvió, introdujo el desorden, sembró la discordia entre las familias, inspiró odio al poder, protegió la indiferencia religiosa, y sirvió de precursor al materialismo y á la incredulidad que tan caros costaron á la nación. Pero si buscamos mientras tanto lo que él ganó en esos combates, revoluciones y movimientos, apenas hallaremos alguna victoria pasajera que no naciera de convicciones que triunfaren en el corazón, ni menos de resoluciones fruto de la madurez y del entendimiento desapasionado, sino de la irritación que estudiosamente se hacía nacer en todas partes contra el antiguo culto y sus ministros. No leeremos una línea en la historia de Francia, ni podremos recorrer el más pequeño de sus períodos sin convencernos hasta la evidencia de esta verdad. Pero la exaltación de pasiones debía desaparecer luego que se apagasen los elementos volcánicos que la combinación de mil circunstancias reunidas habían aglomerado; los espíritus volver á su estado normal, luego que la calma les permitiera ver las cosas en su fisonomía verdadera; y la razón libre para dar una ojeada tranquila sobre los hechos y sus antecedentes, no podía dejar de arribar al fallo que dió realmente, condenando innovaciones repugnantes para la conciencia que juzga sin pasión. Tal fué el resultado final del protestantismo en Francia.

Preguntad en el Norte cuál es su estado, allí donde por su intermediación á la Alemania, teatro de la reforma y de los hechos de fanatismo que la abortaron, allí donde la constante comunicación con la Suiza, que abriga el protestantismo con toda su exaltación é intolerancia primitivas, allí donde los vaivenes y sacudimientos políticos con que amenazaba el protestantismo, eran más inminentes y sus consecuencias más formidables; allí el pueblo francés, marchando sobre la senda que le trazaron cien generaciones de católicos

fervorosos, conserva en su pureza y vigor primitivos todos los dogmas de la Iglesia universal, sin abandonar ni aun la más pequeña de sus tradiciones. En Strasburgo, en medio del desorden y de la confusión, el protestantismo arroja á los monjes de sus monasterios y al clero con su obispo de la catedral, forma un fondo ingente de sus rentas, y luego satisfecho de su victoria se sienta tranquilo para disfrutarla. Mas el error cae, el culto despojado de sus templos por los intrusos los recobra, y aquellos se contentan con retener las rentas que deben su origen al desprendimiento y abnegación que inspira el catolicismo y desconoce del todo el protestantismo. Recorred el Franco Condado, desde donde hace dos siglos un cardenal, político profundo, desconcertaba las intrigas de los protestantes de los Países Bajos, y hallaréis un pueblo que se gloria en mantenerse fiel á la unidad católica, un pueblo devoto cuyo ejemplo edifica á los disidentes que día por día atraviesan el Jurá viniendo de Helvecia. La revolución pudo quemar y arrasar las iglesias, transformar en cuarteles los monasterios que producían Pontífices, y afligir al católico fiel con el triste espectáculo que ofrecieron Besanzon, Dijon y tantos otros pueblos situados en la Borgoña y sobre las márgenes del Doubs, que conservan hasta hoy frescos los rastros de la devastación impía; pero nada más pudo. El protestantismo, que aprovecho las revueltas para hacer su propaganda, que levantaba su voz en los templos católicos que perdonaban el fuego y la devastación, pudo simpatizar muy bien con los edictos hostiles al catolicismo, y esto era natural, pues él nació entre horrores de la misma naturaleza, y fué educado en su infancia teniendo á la vista espectáculos iguales; pero no gloriarse mientras tanto de vencer á su adversario, que atravesaba una época calamitosa, ni vestirse con despojos que le ganara en el campo de batalla y luchando con él cuerpo á cuerpo. En Besanzon, ciudad de cuarenta mil almas, y donde desde la introducción del protestantismo en Francia ha hecho su propaganda, cuenta apenas

cinco mil afiliados y de estos son Suizos su mayor parte. ; Ah! que los bellos países que fueron teatro de las gloriosas tareas del abad de Claraval no podian olvidar las trazas gloriosas de piedad ferviente que estampó aquel; ni los cerros y los valles que recorre el Doubs dejar de repetir las bellas sentencias que su voz de trueno les imprimia en el siglo doce.

Cuando atravesaba Dijon y preguntaba por la abadía de Claraval: « No existe, » oí responder; un movimiento involuntario, una sensacion de tristeza experimentó mi alma, recordando las brillantes escenas de que fué teatro aquella escuela de sabios y seminario de santos. El monasterio fué arrasado, es verdad, pero esa fe que abrió sus cimientos y colocó las primeras piedras de sus muros subsiste. Dijon, en cuyas plazas retumbaba el eco de la voz mas elocuente y persuasiva que se levantó en el siglo doce, la conserva tan intacta sino tan fervorosa como cuando era instruida con la palabra admirable del mas noble de sus hijos, el fervoroso san Bernardo.

La voz de otro monje, salido de Flavigny en el siglo diez y nueve, como aquel de Claraval en la edad média, resonaba en Dijon, de quien tambien es hijo; su predicacion conmovia á los filósofos, convencia á los protestantes, y convertia á los incrédulos; « el pueblo lo llamó *nuevo profeta*<sup>(1)</sup> y respetó su doctrina como si realmente lo fuese. » Él renovó en Dijon los recuerdos del sabio abad de Claraval, y á su insinuacion erigieron á este los ciudadanos una bella estatua en la plaza de su nombre.

No es mas halagüeña la situacion del protestantismo en el Mediodía de la Francia. La historia del siglo trece nos pinta ese hermoso país convertido en vasto campo de batalla por el furor de fanáticos que discutian la fe con las armas en la mano; y los anales del diez y ocho y diez y nueve nos pintan con vivos colores hasta qué punto subió la exaltacion de

(1) *Les Contemporains. Lacordaire.* (E. de Mirecourt.)